

## La Guancha y el Tibet

Estuve por primera vez en La Guancha un día azul de verano de hace unos 20 años, en una de esas ediciones de la legendaria Feria que tantos visitantes atraía. Recuerdo bien aquel día, tengo recuerdos muy frescos de él, por una serie de motivos personales. Aquella jornada seguro que estuve a escasos metros de un –imagino que como casi siempre- atareado Salvador padre, y del resto de su familia, incluyendo a un –imagino que como siempre- curioso Carlos Salvador aún niño. Es curioso pararse a pensar lo cerca que has podido estar en un determinado pasado, de personas que luego habrán sido determinantes en tu vida, en un determinado futuro.

Por aquel entonces La Guancha se me aparecía como “ese pueblo que queda más arriba en el camino hacia la isla baja, hacia Icod y Garachico”. Poco podía imaginar en esos momentos, que una simple referencia toponímica se convertiría, años después, en pieza fundamental de mi imaginario vital, en referente atrozmente bello de lo más vívido de mis recuerdos. Era imposible entonces vislumbrar el hecho de que, en la actualidad, y para lo que me quede de vida, La Guancha será ‘El Tibet’ carlosalvadoriano, como también le sucederá a los presentes y futuros lectores de su obra.

Recuerdo perfectamente el día que acudí por primera vez a la invitación de Carlos Salvador a su casa familiar guanchera. Recuerdo la última cuesta, buscando la ermita, como si fuera el comienzo de una ‘road movie’. Y realmente lo era. Era el comienzo de una película no filmada, en la que siento el enorme privilegio de haber tomado parte. La película de una amistad y el conocimiento de una persona, un personaje y su entorno, absolutamente únicos e irrepetibles. Recuerdo el placer con que Carlos Salvador nos recibió a Carolina y a mí, la alegría de poder mostrarnos su-sitio-en-el-mundo, su refugio emocional, esa casa, esa huerta, ese pino...las calles vacías sorprendidas por la bruma intempestiva, la morada del alma de Carlos Salvador. Y recuerdo el regocijo que sentía al poder compartir ese espacio físico y emocional de su intimidad, porque, si de algo podemos estar seguros, es de que Carlos Salvador percibió a La Guancha y sus alrededores geográficos como ese lugar mítico, ese espacio de ficción, es decir, aquel donde se desarrollan las verdaderas posibilidades del ser, y lo tuvo desde una temprana edad, desde que tuvo conciencia de sí.

Y cuando le llegó el momento de su toma de conciencia creativa, no dudó en nombrar ese espacio que sirviera para establecer la base de sus digresiones. Viejo recurso de los grandes escritores y novelistas, la creación de la ciudad o lugar mítico, más o menos real, el condado de Yoknapatawpha de Faulkner, el Macondo de García Márquez, la Santa María de Onetti, la Vetusta de Clarín, han sido el espacio donde la palabra irresistible del genio creador ha encontrado la libertad definitiva a la vez que la delimitación geográfica y espiritual posible. En otras ocasiones, es la propia ciudad, región o país real, la que es nombrada y puesta en primer plano, dependiendo de la elección del escritor. Lo importante es saber que esa elección, la que determina el encuentro de la palabra con lo físico, es un paso clave, crucial en la conformación de una poética, sin comparación con otra elección afín posible en la vida (el matrimonio, las amistades...) la elección de un escritor del espacio donde desarrollar su acción creativa es un acto casi místico, es una unión, que, al contrario de cualquier otra unión humana –e incluso divina- es realizada para la eternidad, aquí sí que hay una sola vez. Y cuando Carlos Salvador escucha un comentario cínico de su amigo el poeta Francisco León sobre La Guancha, tomado de la referencia orteguiana de la tibetanización europea que representaba España, Carlos Salvador, volteriano irreducto, siente el chispazo definitivo, toma el guante de un simple comentario sarcástico, y lo convierte en bandera de una causa literaria. Como en tantas ocasiones, Carlos Salvador saca petróleo, de donde otros sólo se quedan en la anécdota, más o menos graciosa. Había nacido ‘El Tibet’ carlosalvadoriano, y con él su poética quedaba definitivamente asentada. Y además celebra con orgullo su elección, significativa en muchos sentidos.

Carlos Salvador siempre despreció (como un buen intelectual pleno de sensibilidad), el provincianismo encerrado en las capitales y en las ciudades, sobre todo aquellas que realmente no llegan ni tan siquiera a tener motivos para ser consideradas como tal. Frente a la cortedad de miras del ciudadano de capital de provincias, Carlos Salvador se entusiasma con la cosmovisión del habitante de un pueblo apartado, aislado en una isla ultraperiférica, se siente orgulloso de situarse en ese lugar, en ese entorno, a través de un proceso deconstructivo,

desmitificador, que ya hubieran querido para sí Derrida, Foucault y compañía, Carlos Salvador hace una firme declaración de intenciones, y enuncia:

“Para amar a Londres conviene sentirla tan provinciana como tu pueblo, ciudad, isla o país. Desmitifiquemos con el fin de mitificar a la primera ocasión. Sciascia y James hicieron de sus Sicilia y Boston el mundo. Yo de La Guancha, de El Tibet, uno de los múltiples y uniformados mundos.”

DPCM

Y es que sólo el verdadero ateo puede enfrentarse a la idea de dios, tal y como también sabía Ernst Bloch, sólo el que ha atravesado el desierto, el que ha visitado la nada, aquel que queda libre de prejuicios, puede, entonces, crear con la palabra, y no entretenerse con ella. El nacimiento del Tibet en el imaginario estético de Carlos Salvador supone quizá la confirmación definitiva de su proyecto creativo, todo girará en torno a ese espacio mítico que alberga la infinitas combinaciones de la imaginación carlosalvadoriana. Para los que tuvimos el lujo (ahora cruel por lo imposible de su repetición) de conocer esas calles brumosas, de retozar en esa huerta a la sombra de su pino, de venir a comprar puros o señoritas a medianoche a este casino junto a Carlos, La Guancha es un lugar entrañable lleno de recuerdos que nos acompañará en el corazón el resto de nuestros días, El Tibet guanchero de Carlos Salvador forma, en cambio, parte ya de la historia de la literatura con pleno derecho, porque alguien que es capaz de escribir un fragmento como el siguiente está ya codeándose con los grandes – suceda esto en realidad alguna vez o no, recordemos que la literatura no atiende a realidades, son los escritores vivos los que atienden a ella-

“Es el verano tiempo propicio para no hacer. Una pesada llaga nace con el día. Días herrumbrosos, que no rumbosos, de frágiles lagos, lagos como dedos meñique. En el Tibet poco se caminan las calles, algún perro las olisquea perdido entre la niebla en verano. Sí, días de invierno en verano. Yo varias veces he propuesto a nuestro Dalai Lama cuatrienal, cuaternario, impulsar una industria de “turismo de invierno en verano”, como oferta alternativa, chic, in, underground, para parias, desaprensivos, obesos, enjutos, tímidos, desprevenidos, snobs... Aquí, allí, en verano no puedo escribir. Vivo la felicidad y el horror en grado extremo. Es decir, no me pongo bronceador para conseguir cuanto antes ser lo que no soy. Sí, extraño, pero *días de invierno en verano*. Y un río, y este verano, y una conversación sin sombra, y lo lógico es lo raro. Todos dudamos sobre cuál es nuestra casa, hasta muchos nos disputamos las que tienen las ventanas mochas por habitadas, con un rosal en la parte de atrás.

Todo es blanco: luz, niebla, casas, brumas, aire, gente. Es insoportable. Muchos enloquecen. Hay quien culpa al agua. Cuando asciendes la rampa de acceso desde la costa tendrás que despojarte de las gafas de sol, se abstienen de seguir representando utilidad para la pura revelación de lo que empieza a sobrevenirte, a sobrepasarte. Debe ser demasiado pura el agua, tanto que mancha los dientes de amarillo. Su única playa está lejos y es un promontorio blanco al que nadie se acerca, sólo el viento. Una migaja. Al viento la gente le ve el color blanco; dicen que el blanco es invisible. Pocos, como yo, no tenemos fe para verlo. Debe ser culpa de la vida.

Ahora los días del Tibet mueren como el cisne, cantando. Se han ido aletargando entre soles de lo anodino y calmas de burro panzudo, con abeja que siempre se atreve a revolotear. Es un pueblo sin historia, y no tiene más futuro que el blanco de su frente. Nadie puede decir aquí que la luz es amarilla. Paisaje blanco sobre fondo dorado.”

PD:

Podemos sentirnos orgullosos, no todos pueden decir que han asistido al nacimiento de un mito. Disfrutémoslo como si Carlos Salvador estuviera aquí, porque de hecho residirá eternamente en las brumosas alturas de su Tibet, y es ahí donde podemos encontrarlo cada vez que queramos adentrarnos en esa puerta abierta de su alma que nos dejó antes de su desaparición física.

Carlos Robles, Noviembre 2004